

**Nuestra Vida Religiosa
en su proceso de revitalización y reestructuración
¡No nos dejemos robar la vocación!**

P. Víctor M. Martínez Morales, S. J.

¿Qué hacer después del primer paso?

La visita del Papa Francisco a Colombia ha marcado un hito en nuestra historia. En continuidad con Pablo VI y San Juan Pablo II quienes habían visitado nuestra patria y besado nuestra tierra, la visita pastoral del Papa Francisco nos exhorta con su palabra y alienta con su mensaje a construir una nueva Colombia, territorio de paz donde la reconciliación y el perdón marquen nuevos rumbos de justicia, progreso y desarrollo, en la construcción de una sociedad más incluyente, equitativa y solidaria. No podemos permanecer indiferentes, independiente de nuestras creencias, partidos políticos, clases sociales, razas o etnias, la invitación del Papa Francisco a que “demostremos el primer paso, para comenzar con Cristo algo nuevo en bien de los colombianos”, suscita en nosotros una respuesta. ¿Cómo y desde dónde responder?

No podemos negar que para muchos la figura y mensaje del Papa pasa de largo; les son inadvertidas o indiferentes sus intervenciones o posturas, nada tienen que ver con ellos y no cuenta para sus vidas; así que su visita a Colombia y la invitación a dar el primer paso no les significaba mayor cosa. Sin embargo, dado que todo el país se puso a “modo papa”, no pudieron evitar, de una u otra manera, tener un encuentro con él y eso les llevó a cambiar de parecer y no a pocos a cambiar sus vidas. Actitudes de acogida, aceptación y reconocimiento se verificaron como auténticas conversiones, cambios de actitud en la apertura y recepción de su mensaje. Se trata de poder ver y oír, para poder mirar y escuchar, saber comprender con el corazón. Tal es la manera de salir al encuentro de su persona.

Ante todo, su sola presencia en medio de nosotros ha sido testimonio de fidelidad profética, fuerza simbólica y esperanza cierta de sabernos capaces que es posible construir juntos una nueva realidad. Francisco es fiel a la revelación, a la tradición y al magisterio; todo su mensaje está fundamentado en la Sagrada Escritura, la doctrina del Concilio Vaticano II y el peregrinar de una Iglesia que viene trabajando por responder con creatividad a los tiempos actuales, a las problemáticas de los momentos de hoy, a las personas concretas en rostros reales de hombres y mujeres que esperan confiados, acciones de cambio y transformación.

Los gestos y palabras del papa Francisco tienen una carga simbólica de singular seducción. La alegría, apertura y acogida que ofrece solo con su postura y mirada. Actitud enérgica en señalar y denunciar como de estimular y alentar con ternura y entusiasmo. Se le percibe libre, pobre, honesto y bueno en su forma de ser y

manera de actuar. Cuando crea nuevas expresiones para lograr ser comprendido, “Jesús que sale a nuestro encuentro, que nos **primerea** y que de ese modo nos ha captado el corazón”, “esa riqueza de **callejear** sirviendo, de ser callejeros de una fe”, “no se olviden, si quieren triunfar en la vida como Jesús quiere, **mendiguen**, porque el protagonista de la historia es el mendigo, ese que cada uno de nosotros lleva dentro”.

En verdad, es provocador, convoca y cuestiona desde dentro, desde lo profundo y lanza a salir de sí, en búsqueda de respuestas, de posibilidades, de acciones reales. Es notoria su predilección por los pobres, los niños y los enfermos; no se deja envolver en que se centren en él, lo adulen o manifiesten especial reverencia; siempre está igualándose a los vulnerables, a los pecadores, a los que necesitan y piden oraciones: “No dejen de orar por mí”, “no dejen de rezar por mí, no se olviden”.

La visita del Papa Francisco ha sido una bendición para todos nosotros, una confirmación en la fe y en la esperanza de que una Colombia mejor es posible. Se trata de un primer paso hacia la justicia y la paz. De nosotros depende seguir caminando. ¿Cómo dar juntos, como vida religiosa el otro paso?

La vida religiosa en Colombia, así como en la Iglesia universal, se haya en un proceso de revitalización y reestructuración, considero que la visita del Papa al país nos ha animado y alentado en continuar con esta peregrinación que estamos llevando a cabo todos nuestros institutos, órdenes y congregaciones. Algunos con paso más firme y seguro, otros con mayores problemas y obstáculos. Unos con mayor o menor lentitud, con mayores o menores resistencias, con más o menos dificultades. Ante las amenazas no podemos desfallecer. ¡No nos dejemos robar la vocación!

Considero que un paso significativo está en responder aquellos interrogantes que están consignados en el discurso del Santo Padre, en el encuentro con sacerdotes, religiosos, consagrados, consagradas, seminaristas y sus familias, en su visita a Colombia. Estos interrogantes son:

“¿Cómo es la tierra, el sustento, el soporte donde crece esta vid en Colombia?”

“¿En qué contextos se generan los frutos de las vocaciones de especial consagración?”

“¿Todos somos vulnerables? ¿Pero, hay alguien que no es vulnerable?”

“¿Y Dios es capaz de hacer algo conmigo?”

“¿Yo estoy dispuesto a dar frutos?”

“¿Cómo va cortando Jesús los factores de muerte que anidan en nuestra vida y distorsionan el llamado?”

“¿Cuántas veces escuchamos hombres y mujeres consagrados que parece que en vez de administrar gozo, alegría, crecimiento, vida, administran desgracias, y se la pasan lamentándose, lamentándose de las desgracias de este mundo?”

“¿Cuántos minutos o cuántas horas leo el Evangelio o la Escritura por día?”

¿Cómo permanecer en Jesucristo?

Tres son las propuestas del Papa Francisco para permanecer de corazón en la presencia de Jesucristo, para dejarnos captar el corazón por él y permitir que el Espíritu Santo vaya trabajando en nosotros, desde lo hondo del corazón se va haciendo realidad el tejido de nuestra vocación. Permanecemos en Jesús: tocando su humanidad, contemplando su divinidad y alegrándonos por su presencia.

En primer lugar, hemos de caminar con nuestro pueblo, siguiendo los pasos de Jesús, hemos de ver con su mirada y abrazar la realidad con sus sentimientos, sólo así podremos descubrir en nuestro pueblo, sus valores y pecados, acercarnos a sus heridas y sufrimientos, conmovernos por sus necesidades y aflicciones. Es a través de los gestos y dichos de Jesús, de sus palabras y acciones que logramos comprender su amor que se manifiesta en la ternura de la acogida y el reconocimiento en el anuncio del Evangelio, así como en la firmeza de la denuncia del pecado y del rechazo a todo lo que nos hace acomodarnos y hacernos portadores de desgracias. ¡Nos volvemos estériles si somos incapaces de tocar la carne sufriente de Jesús!

En segundo lugar, hemos de adentrarnos en el conocimiento de Cristo a través de la Sagrada Escritura. La dedicación a la lectura orante de la Palabra de Dios. Sólo ella nos lleva a interpretar la realidad desde la mirada de Dios. Se trata de aproximarnos al misterio desde la actitud orante, contemplar la divinidad desde nuestra vida de oración. El encuentro con Jesucristo nos hace salir de nosotros mismos, crecer en libertad y posibilitar una mayor entrega. La oración evidencia: el intimismo de una experiencia religiosa evasiva, el permanecer escondidos en nuestra centralidad, y encerrados en nuestros propios ritualismos de experiencias espirituales carentes de sentido vital. ¡Nos hacemos dóciles a la voluntad de Dios en el silencio orante de la adoración!

En tercer lugar, Si permanecemos en Jesucristo su alegría en nosotros será nuestra certeza. La alegría propia del seguimiento de Jesucristo se manifiesta no por la carencia de problemas o de momentos conflictivos, ni por la ausencia de situaciones pesadas que hacen aparecer como carga nuestra existencia. El gozo propio proveniente de Jesucristo es la paz de la alegría y el júbilo que vienen de la esperanza. La alegría del servicio realizado, del cansancio producto del trabajo y esfuerzo hechos desde la fatiga por la labor efectuada. He ahí nuestra alegría, la que proviene de la cercanía y el amor de Dios, la gracia propia que se transparenta al sentirnos abrazados por nuestro Dios. ¡La alegría es la medida de nuestra esperanza!

¿Cómo va cortando Jesús los factores de muerte que anidan en nuestra vida y distorsionan el llamado?

El papa Francisco coloca en evidencia algunas situaciones que se han enraizado en nuestra manera de ser y actuar que nos llevan a realidades de muerte de nuestra vocación como religiosos. El centramiento egoísta e individualista de la búsqueda mezquina de la propia tranquilidad, en donde la motivación radica en alcanzar status, promoción social, “subir de categoría”. El interés está en nutrirse de honores, el apego a los bienes materiales y en no pocos casos el dejar que el corazón quede seducido por el dinero.

No podemos permitir que al interior de nuestras comunidades anide la mentira y la falsedad, la manipulación y el abuso, el ocultamiento y camuflaje de todo aquello que desdice de nuestra consagración; todo ello viene a ser producto de incoherencias, antitestimonio y muchas veces de escándalo.

De ahí, la importancia de la poda, de la corrección fraterna, del reconocimiento del pecado, de sabernos pecadores necesitados del perdón y la misericordia de Dios. Si somos hombres y mujeres reconciliados trabajaremos por la reconciliación de nuestro pueblo, reconciliados para reconciliar. Es desde la limpieza de un corazón puro donde se gesta el proceso para poder dar fruto. Ciertamente, la poda es para dar fruto y fruto en abundancia.

Este proceso de revitalización y reestructuración está exigiendo de cada uno de nosotros, a nivel personal y colectivo, vivir esta poda que significa: conversión, cambio y compromiso. Tiempo de reconocimiento de todo aquello que no nos deja ser coherentes, auténticos y testigos de nuestra consagración. Poder confrontar nuestro pecado que impide asumir de manera decidida este proceso de renovación.

Desde nuestra consagración no hay lugar para el engaño, el doblez, las opciones mezquinas pues si estamos injertados en Jesucristo nos ha de motivar la recta intención, el deseo auténtico de configurarnos con él. ¡Qué bella es la poda que nos hace dar fruto abundante en estos tiempos y en este sitio!

¿Cómo es la tierra, el sustento, el soporte donde crece esta vid en Colombia?

Colombia siempre será propicia para vocaciones, no hay mejor situación que la de ahora para invertir nuestras vidas a favor del mensaje del Evangelio. El que llama es Dios, él sigue llamando, sigue siendo cercano y sigue eligiendo donde quiere. Conociendo la fragilidad de nuestro barro y nuestra vulnerabilidad él nos llama. ¡No tengamos miedo a esta tierra compleja!

No podemos dejarnos enredar por las cifras y los números, someternos a los manuales de perfiles y de logros, absolutizar los test psicológicos. Hemos de preocuparnos por vidas e historias, por rostros y opciones, por procesos y acompañamientos. Hacer fecundo el mensaje del Evangelio en esta tierra compleja, hacer que muchos jóvenes, ellos y ellas, vuelvan su mirada a Jesucristo, tal ha sido la invitación del papa Francisco quien condujo nuestra mirada al Crucificado. El crucificado de Bojayá se levanta así, como simiente de nuevas vocaciones.

No podemos volver a dejarnos enredar por el espiral de guerra y violencia que nos ha consumido por tantos años. Cuántos niños que han crecido sin padres, cuántos jóvenes cuyo lenguaje ha sido el de los fusiles, cuántas personas que han sido víctimas de este tiempo de maldad que abraza ya varias generaciones. Decirle sí a la paz es dar un rotundo no a la guerra, a la violencia y a la destrucción. Para que el odio no tenga en nosotros la última palabra hemos de ir a lo esencial, dejarnos zarandear por el Espíritu que nos renueva e involucrarnos con valentía para hacer realidad entre nosotros una nueva Colombia.

Hemos de trabajar a favor del amor, a favor de la vida, invertir tiempo en saber escuchar para comprender y perdonar. Esto significa que hemos de cuidar el trigo que hay en nuestra tierra, valorar el camino andado y estar atentos a los frutos para que se den, se produzcan y hacer todo lo posible para que se multipliquen. Estar atentos a la cizaña, a quienes se disfrazan de corderos, quienes se agazapan para, en cualquier descuido, arrebatarnos la paz que se ha logrado. Tenemos que apersonarnos de este proceso de paz, la paz depende de mí, la paz depende de ti, la paz depende de nosotros, es así como podemos actualizar: “Dios perdona en mí”. Es por la manera de ser y actuar, de las actitudes y comportamientos que se transparenta la acción de Dios en nosotros.

Nuestra mirada se ha de afincar en lo esencial, en lo profundo, en lo que tiene valor para la vida. Ir a lo esencial nos lleva a tomar conciencia de nuestro tesoro, pues allí estará nuestro corazón. Así, invertir la existencia en lo que cuenta, en lo que es innegociable, en esa viva y actuante experiencia de Dios y de su amor en nuestras vidas.

No le podemos temer a la revitalización y reestructuración de nuestra vida religiosa, es verdad que supone sacrificio y mucho coraje para abrirnos al clamor de nuestro pueblo, a la búsqueda de nuevas propuestas, a los nuevos cambios y renovadas respuestas. Hemos de involucrarnos con arrojo y decisión avivar desde nosotros el servicio con el deseo de hacer algo que contribuya de manera efectiva en conservar la paz entre nosotros y trabajar por la reconciliación y el perdón.

Lo que es despreciable e inútil para el mundo es valioso e inapreciable para Dios. Hemos de responsabilizarnos en recuperar, para quienes mendigan humanidad, el saberse hijos e hijas de Dios, no sólo haciéndonos de su lado, colocándonos de su parte, caminando su andar de víctimas, de los que sufren, sino invirtiendo modos y

medios para transformar sus vidas y estado, trabajar en la recuperación de su dignidad y sus derechos.

¿Y Dios es capaz de hacer algo conmigo? ¿Yo estoy dispuesto a dar frutos?

Se trata de una mirada al corazón, de confrontarnos con nosotros mismos, de podernos ver hacia adentro, hacia lo profundo, para desde allí desde la conciencia dar una respuesta que brote de la sinceridad del camino andado y de aquel que como peregrinos, hemos de seguir realizando.

Dios siempre podrá hacer algo conmigo, don y gracia de su amor misericordioso que perdona, reconforta y anima; él siempre podrá hacer de mí un hombre nuevo, en él todo será posible. Desde la confianza puesta en Dios, el mañana será mejor, lo que juzgo improbable será factible y lo que creo imposible sucederá.

Se trata de mí, de mi respuesta, de mi disposición a dejarme llevar por el Espíritu. Pues la respuesta brota de un corazón libre. He ahí el verdadero meollo del problema, yo mismo, en mi deseo de conservar lo conquistado, en no soltar lo que he alcanzado, en no abandonar mis posesiones, en seguir aferrado a mis afecciones desordenadas.

El proceso de revitalización y reestructuración de nuestra consagración nos está exigiendo hoy volver a lo esencial, cuando lo accidental nos ha seducido y cautivado; desocupar nuestros graneros cuando la abundancia nos hace ricos y seguros; salir a la búsqueda de lo imprevisible cuando el estar encerrados produce zonas de comodidad y estabilidad; levantar tiendas de campaña en las periferias cuando el estar en el centro es placentero y confortable.

Ciertamente, Dios es capaz de hacer algo con nosotros, de hacer que nos dispongamos de corazón a enfrentar con ánimo y liberalidad este proceso de renovación de nuestra vida religiosa. Él hace posible que nuestro pecado se convierta en gracia, nuestros impedimentos en posibilidades, nuestras resistencias en acciones a favor de nuestros sueños y propuestas.

Dar fruto y un fruto abundante significa invertir nuestra vida a favor de una vida religiosa alegre, comprometida y servicial. Hombres y mujeres que desde nuestros respectivos carismas seamos testimonio del gozo que proviene de sentirnos cercanos a nuestro Dios, entregados en darnos por los demás, en la búsqueda de mejores condiciones de vida, movidos por la fidelidad a la fe, que se hace realidad en obras de justicia.

La acción de Dios en nosotros hará posible recobrar al interior de nuestras comunidades locales una vida fraterna y fervorosa de relaciones abiertas, sinceras y verdaderas. Comunidades que reconociendo sus límites y posibilidades quieren apostarle a la propuesta del Evangelio, desde el carisma propio que han

heredado. Sólo así serán comunidades de un entusiasmo apostólico que logre irradiarse de tal manera que seduzca y atraiga a otros y otras a vivir de igual manera. Es el testimonio de vida que suscita vocaciones genuinas. ¡Nuestra vocación vivida con pasión es la mejor promoción vocacional!

Este es el paso que hemos de dar, se trata de mí y de ti, de nosotros poder emprender y continuar con entusiasmo este camino de revitalización y reestructuración de nuestra vida religiosa, hacer que nuestra vocación se recree desde la radicalidad del Evangelio, pues sólo él hace posible volver al camino fundante, nacer de nuevo, encontrar lo perdido y hacer nuevas todas las cosas. Ayudémonos mutuamente en no desfallecer, animémonos en sentirnos todos y todas responsables de esta peregrinación, acojamos con entusiasmo este caminar.

Avivar la esperanza de nuestro caminar

El llamado del Papa para que, todos y cada uno de nosotros, lleguemos a ser portadores de esperanza nos hace salir de nosotros mismos, apostarle a una efectiva y afectiva renovación de nuestra consagración, a partir de nuestra propia vocación, para que en nuestras comunidades y obras, seamos testimonio real del evangelio, portadores de la buena nueva.

Volver sobre nuestra historia vocacional nos lleva a narrarla desde el corazón pues se trata de una historia de amor. Desde la realidad de nuestro barro y desde nuestro propio pecado y vulnerabilidad, el Señor nos ha llamado, nos ha hecho sus discípulos misioneros. Es él quien ha salido a nuestro encuentro y desde aquel momento ha seducido nuestro corazón y nos ha concedido el don de responderle.

De ayer a hoy, son muchos los momentos juntos, las experiencias vividas, los acontecimientos emprendidos, y aunque somos testigos que Jesús es siempre quien sale a nuestro encuentro, él siempre nos “primerea”, está en nosotros la responsabilidad de la respuesta. Desde su fidelidad en el llamado está el actualizar nuestra respuesta. No podemos dejar que bagatelas de turno arrebaten nuestra vocación y nuestro deseo de una respuesta fiel y generosa en el aquí y ahora de nuestra historia.

Responder de manera decidida al proceso de revitalización y reestructuración de nuestra consagración quiere ante todo revitalizar y reestructurar nuestra vocación, actualizar nuestra respuesta de manera renovada de tal forma que el amor sea quien nos haga capaces de vivir la novedad de una vida que abraza con audacia ese “ven y sígueme” desde el carisma que nuestros fundadores y fundadoras nos han legado. ¡Seamos esperanza, posibilidad de un nuevo amanecer para nuestro pueblo!